

LIBROS

Amado monstruo

Es estupendo que a Román Gubern se le haya ocurrido hacer un homenaje a King Kong (1). Porque en King Kong todo es estupendo y se lo merece todo. Es estupendo salir de viaje con una chica hermosa, pero pobre, hacia una isla desconocida en la que aguarda algo de lo que nadie se atreve a hablar; es estupendo contar con una tripulación de técnicos locos y que el capitán del barco reconozca: «Estamos lejos de las aguas por las que he navegado», y no menos estupendo es el misterio de la tribu canibal (no les quepa duda de que era canibal), de la puerta infranqueable y del portentoso ritual de la doncella y las antorchas. No hay nada más estupendo que el descomunal gorila, azorado y tímido por el amor imprevisto a la belleza venida de lejos, surcando la selva onírica con su descada carga en la palma de la manaza. Y es el más dulce y escalofriante de los delirios la persecución a través del territorio embrujado, las bestias fabulosas que rondan por la imaginación de nuestra memoria manifestándose, al fin, la batalla incalculable —pero maravillosamente desprovista de énfasis— de King Kong con el Tiranosaurio o la Serpiente. Es estupendamente pornográfico que el desbordante simio desnude con un dedo procaz y temblón a la rubia adorable, es inevitable que la pierda al intentar salvarla, es irrefutable que derribe murallas y pisotee aldeas en su loco intento de recuperarla. Y es prodigioso que así trans-

(1) «Homenaje a King Kong». Edición de R. Gubern. Cuad. Infimos. Tusquets.

greda los mares y pueble con su sombra enamorada y primigenia la noche neoyorquina, primero como rehén y luego como vengador; que destituya el cotidiano aburrimiento del metro, que arrebatase de su lecho a la hembra que duerme sin sueños y que obtenga la alta, mísera muerte del rascacielos y los aviones. Señor King Kong de la Triste e Hirsuta Figura, superbestia de nuestras alegres pesadillas, solitario paladín del deseo imposible, rostro amable y atroz de la aventura: ¡ven a buscarnos de nuevo a la tierra perdida, más salvaje y más estéril que ninguna, en que nuestra añoranza te concibió! ¡No nos faltes nunca, suave ferocidad! ¡Asistenos en nuestro desconsuelo de voz no dicha y gesto mutilado!

Y muchas cosas estupendas nos trae este librito. Los fotogramas y dibujos de la estupenda aventura no por recordados son menos memorables; el precioso comentario de Jean Ferry, nueva confirmación de que los surrealistas eran los únicos que sabían por dónde iba el mundo (o por dónde debía ir, que si no es lo mismo, hay que lograr que lo sea); la tan filistea como alta crítica del «ABC», que parece escrita ayer por la tarde, y que nos certifica la sospecha de que hubiésemos detestado en el año 33 las mismas cosas que detestamos ahora; la maquinación estructuralista de Roger Dadoun, sutil y cargante, y fichas, estudios, chascarrillos, esquelas y cosas muy simpáticas sobre el gran gorila. La incomparable fascinación de la película se extiende por impregnación a estas páginas, que huelen a enorme sombra peluda recorriendo, desconsolada y amenazadora, la noche de Nueva York.

La visión del mito de King Kong no sólo nos sacude por el lado de la emoción: parece ponernos al borde de un descubrimiento fundamental, de una revelación que nos permitirá comprender muchas cosas. Esta es la fuerza de lo mítico, que debería

intentar recuperar un pensamiento redimido de la razón instrumental. No se trata de explicar a Kong acudiendo al «no es más que...» y reduciéndolo a un esquema psicoanalítico, marxista, estructural o cualquier otra escolástica especializada en fumar secretos hasta convertirlos en ejemplos de algún dogma teórico. Lo importante sería hallar un discurso que reiterase y prolongase el mito, pero a otro nivel, en otro registro: sugiero esta tarea a los filósofos aburridos de las filosofías que me lean. Por el momento, nos cabe experimentar de nuevo un estremecimiento de identificación ante el ambiguo monstruo, y sabiéndonos como el enamorados e incapaces de amar, triunfantes en la soledad de nuestra isla y víctimas en el ámbito hostil de la metrópoli, susurrar: «¡Hipócrita, King Kong, mi semejante, mi hermano!». ■ FERNANDO SAVATER.

Niza: No habrá Festival del Libro

El Premio Internacional de Prensa, que se discierne durante el Festival Internacional del Libro, en Niza, ha sido suspendido por coincidir con las elecciones francesas. Este premio, que conceden los semanarios «L'Espresso», de Italia; «Der Spiegel», de Alemania;

Occidental; «The Observer», de Gran Bretaña; «Newsweek», de Estados Unidos; «Nin», de Yugoslavia; «Le Nouvel Observateur», de Francia, y TRIUNFO, había tenido los años anteriores una gran incidencia en el mundo editorial en razón al carácter internacional del jurado y a la calidad de las obras premiadas. En efecto, el primer año fue elegido el libro de Gibson sobre Federico García Lorca, y en 1973, las memorias periodísticas de Jean Daniel.

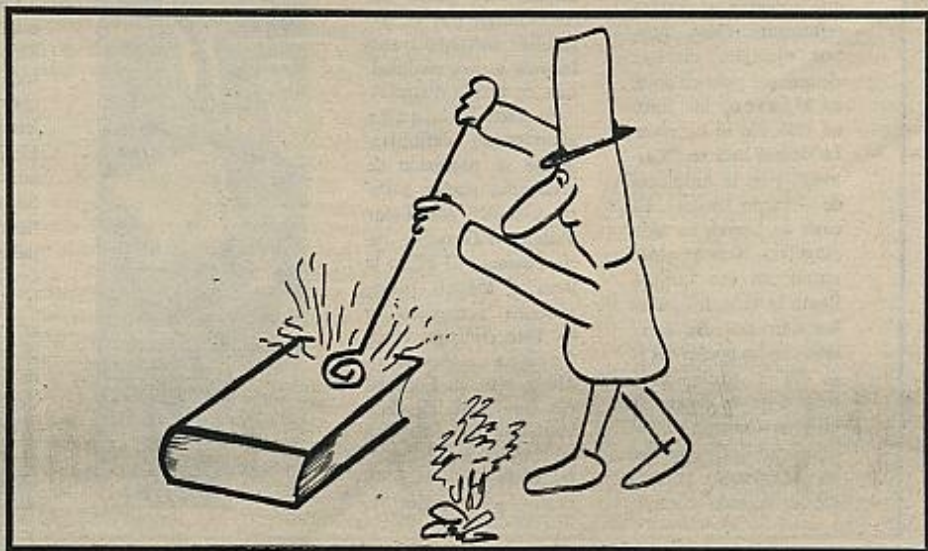
La selección de títulos de la presente edición, aunque no desembocará en la designación de un premiado, es en sí misma significativa y tiene un interés informativo. En ella aparecen dos libros sobre el caso chileno: «Le Livre Noir de l'Intervention américaine au Chili», de Armando Uribe, presentado por «L'Espresso», y el de Jorge Timossi, «Grandes Alamedas. El combate del Presidente Allende», seleccionado por TRIUNFO. Jorge Timossi es conocido de nuestros lectores por sus crónicas en nuestro semanario desde Hispanoamérica, entre las que recordaremos una entrevista con Salvador Allende (3 de abril de 1971) y el relato de los últimos momentos de La Moneda, que Timossi pudo presenciar de forma privilegiada desde una casa fronteriza. Varios semanarios («Newsweek», «Observer» y «Nin») han

coincido en señalar los trabajos periodísticos de un equipo de «The Sunday Times» sobre la última guerra de Oriente Medio: «Insight on the Middle East War». Por su parte, «Der Spiegel», haciéndose quizá portavoz de la repercusión que en Alemania ha tenido el caso Soljenitzyn (recordemos que cuando sale de la URSS se dirige a la República Federal Alemana y es recibido por H. Böll en su casa), presentaba, en primer lugar, el «Archipiélago Gulag». En segundo término llevaba «Der Spiegel» a Niza el «Hitler» de Joachim Fest, traducido recientemente al español y presentado por su propio autor en nuestro país. El libro de Anthony Sampson, «El Estado soberano de la ITT», también traducido al español y del que se publicó un pasaje en las páginas de TRIUNFO, así como una crítica, había sido seleccionado en primer lugar por «The Observer». Otra coincidencia: la de «L'Espresso» y «Nouvel Observateur», con «L'Oiseau n'a plus d'ailes...», de Claude Lanzmann, y aún otro libro sobre el fascismo: «The Appeal of Fascism», elegido por «Nin» en segundo lugar. Por fin, «Le Nouvel Observateur» había incorporado a la selección el texto de Ivan Illich: «La convivialité». A todos estos trabajos les caracteriza —está en las bases del premio— una común cualidad: la de

ser testimonios literarios, en cierto modo periodísticos, lo que justifica la idea de este encuentro de semanarios en torno a un certamen literario. La suspensión del Festival del Libro es coyuntural —coincidencia con las elecciones en Francia— y, por tanto, no implica una suspensión del Premio. ■

Tenerife: No a los jóvenes filósofos

El XI Congreso de Filósofos Jóvenes debía haber llegado el día 6 de abril a la Universidad de La Laguna y permanecido en la isla hasta el 12. Pero no ha sido así. Los miembros del Congreso empezaron a aparecer en Madrid para marchar a Tenerife, precedentes incluso de puntos distantes, como París y Londres. Equipos como el de Filosofía de la Universidad de Oviedo, presidido por el prestigioso profesor Gustavo Bueno, o personalidades como las de Carlos París, Víctor Sánchez Zavala, el padre Caffarena, etcétera, por no citar más que nombres españoles, se aprestaban a reunirse en la Universidad lagunera para leer sus comunicaciones, participar en coloquios o discutir ponencias. Muy pocos días antes del 6, la agencia encargada de remitir billetes recibió orden de suprimir los envíos.



¿Quién y cómo ha hecho a Tenerife decir que no al Congreso de Filósofos Jóvenes? Ese pueblo, ese «buen pueblo» tinerfeño de María Rosa Alfonso, dice «no» a una cita cultural de primer orden y para sus aulas universitarias.

El proyecto de convocatoria del Congreso

ofrecía total garantía de éxito. Una Sección nueva, la de Filosofía; un Departamento con cantidad de profesores plétreos de vocación y entusiasmo, un jefe de Sección y Departamento, el doctor Javier Mugerza, de gran capacidad docente, primera figura profesional. Se ha-

bían solicitado las subvenciones para tan costosa empresa y se habían prometido. ¿Qué ha pasado?

Todo indica que los jóvenes filósofos, como los jóvenes artistas o los jóvenes abogados, no tienen suerte.

Puede ser Tenerife un lugar de privilegio don-

de se esté iniciando este segundo renacimiento. De alguna manera necesito salvar a Tenerife. La abajo firmante —como en las instancias— ha servido en la Universidad lagunera de puente a ras de tierra, de puente de tablas peñoratorias sobre incómodos socavones oficiales,

esas tablas destinadas a ser eliminadas —por más que a veces duren muchos años— y sustituidas por el verdadero puente, por el sólido ensamblaje que hace pasar al alumnado al otro lado de las inculturas, hacia los bienes supremos de la superestructura.

Estoy hablando del

«penenismo». Perdón por tan espantoso neologismo y permítanme recordar que P. N. N. es profesor no numerario. El «penenismo» sólo se puede soportar mediante un cariño obcecado, incurable, hacia la docencia, en este caso hacia la Universidad. Nuestra falta de «status»

UNA CARTA DE LEON FELIPE Y NOTICIA DE JUAN LARREA

Juan Larrea, el padre del surrealismo español, acudió a México para honrar a León Felipe. Juan Larrea tiene ahora setenta y nueve años, es decir, casi tantos como los que tiene su propia leyenda de poeta insólito. Iba, cuando hablé con él, con una carpeta blanda bajo el brazo. Traía en ella cartas de León Felipe. Le pedí una. Me leyó varias. Eligió la que publicamos más abajo.

Juan Larrea ha sido, en efecto, una leyenda durante demasiado tiempo. Hasta la edición italiana de Vittorio Bodini y, posteriormente, la española de Luis Felipe Vivanco en Barral («Versión celeste») no había sido recogida para el público su obra poética, escasa, definitiva y lejana (dejó de publicar —no se sabe si de hacer— poesía hace casi cuarenta años). Incluso los estudiosos tenían que atenerse a algunas referencias (Max Aub, por ejemplo, escribe: «Dicen que publicó aquí, en México, un libro en 1935. No lo he visto. Lo demás está en "Carmen" y en la Antología de Gerardo Diego»). El caso de Larrea ha sido singular. Nunca quiso entrar en eso que se llama la vida, los círculos literarios. Su conexión con los poetas del 27 se da a título amistoso, a través de los oficios de Gerardo Diego, que tradujo y publicó en «Carmen» poemas suyos. Poemas conside-

rados por Diego como «ultraístas», y que resultarían los poemas iniciales del surrealismo español, fenómeno tardíamente estudiado. Larrea, nacido en Bilbao, eligió el francés para la mayor parte de su creación poética y, por entender que la poesía es un asunto demasiado personal, se negó a producir de un modo regular para un mercado de lectores. Fue el primero, antes que Hinojosa, en contactar con el surrealismo francés, en 1924: «Conocí el surrealismo desde antes de los comienzos, si así puede decirse, pues había estado ya al tanto del dadaísmo. Menos a Breton, conocí personalmente a todos sus miembros destacados, a algunos muy de cerca (Elouard, Tzara, Peret, Aragon, Desnos, etcétera). Aproveché del movimiento aquellas tendencias que me eran afines, mas nunca me comprometí con él. Yo también anhela transferirme a otra realidad, mas en forma distinta».

En 1926, habiendo abandonado definitivamente su profesión de archivero, vuelve a París y funda, con César Vallejo, «Favorables París Poema». El exilio le lleva a México. Dirige «España peregrina», y en 1942 codirige «Cuadernos americanos». Ahora vive en Córdoba con un nieto de doce años, huérfano. Explica en la Universidad, donde ha fundado el «Aula Vallejo», una revista de

estudios vallejanos y el Instituto del Nuevo Mundo. En el museo de América, de Madrid, puede contemplarse una colección de antigüedades incaicas que reunió en Perú y donó luego al museo. ■ C. ALONSO DE LOS RIOS.

Juan, maestro, amigo, lazarillo... Luz: Aquí estoy otra vez... No me preguntes nada..., ¿dónde he estado?... ¿qué he hecho?... ¿por qué me fui? Todo ha ocurrido en función tuya y para tu beneficio. Por ti y para ti. Para que tú te movieras y hablaras ha ocurrido todo. Pienso que aquello que te estorbaba tenía que ocultarse y retirarse. Lo mismo yo que los demás. Nadie te ha abandona-

Juan Larrea, en México, durante el reciente homenaje a León Felipe.



do. Ahora lo veo claro. Después de leer «Razón de ser». Eras tú el que lo abandonabas todo. Te fuiste al desierto donde nadie podía ni debía seguirte. Cualquiera voz o presencia te hubiera distraído o robado soledad. Las cosas se hicieron para que te quedases solo con Luciane. Tenías que quedarte solo en el mundo para escribir ese libro. Luciane estaba hecha, se había formado a la medida de tu soledad, de tu desierto luminoso. Deja que crea en el milagro, en la mano de Dios tachándome del cuadro. Yo no debía estar allí. Yo andaba a oscuras, esperando a que tú encendieses la luz... tropezando en todos los muros, cayéndome por las escaleras y las trampas, escribiendo a veces versos desesperados y existencialistas. Ciego. Y sin fe. En comercio con los mercaderes y los publicanos. Yo mismo no he sido más que un publicano... un pobre y honrado publicano.

Pienso que ahora ya estás de vuelta otra vez. Rico en dádivas y con todas las promesas hechas vino y pan. Sólo he leído «Razón de ser». El libro no ha salido aún a la venta. Espera Silva Hergoz a que esté lista «La espada de la paloma» para dar los dos juntos a la luz —ojalá que sea a la luz—, según deseo tuyo, me ha dicho. Yo no sé cual debe ir primero, cual debe leerse primero...

Voy a decirte una cosa, antes de seguir, muy importante: Acaba de salir un libro de Octa-

vio Paz, «El arco y la lira». Es un gran libro que está teniendo mucho éxito y del que se va a hablar y a polemizar. Está escrito en un estilo brillante y poético pero no hace más que jugar con ideas que tú has dejado atrás y que a mí me son familiares por habértelas oído tanto y porque son el A B C de tu enseñanza. El se queda con Breton y los surrealistas. Tal vez te convenga leerlo. Te lo voy a mandar. Si Octavio no fuese tan vanidoso y egotista y no se hubiese puesto ya la corona de Rey... Le estorban todos. Y no será posible trabajar ni avanzar junto a él. Pero él ha visto ya las luces del alba. Como las vieron los surrealistas. Mas ninguno ha llegado donde tú. Nadie ha abierto las puertas que tú has abierto. Mi fe estaba esperándote. Ahora estoy contigo para siempre. No me dejes. Levántame. Dentro de tres días cumplo setenta y dos años y ahora más que nunca necesito de ti.

Esta carta, después de tantos días de silencio, no es más que la vuelta del hijo pródigo y la llamada en tu puerta para ver si me abres. El tiempo no existe. No hay días ni orden cronológico en los días. Y yo, a pesar de mis setenta y dos años, no soy más que un niño recién nacido junto a ti. Mirame siempre así. Te quiero.

Mi corazón para ti y para Luciane.

LEON

México, 9 de abril de 1956.

profesional, nuestra orfandad económica, nuestro característico acafealismo, hacen enormemente difícil encargarse de una cátedra vacante por mucho entusiasmo y filosofía que se eche en ello. Pues bien, desde lejos y desde la cuneta universitaria donde me arrojaron silencios ministeriales que no hacen al caso, estaba ahora precisamente esta interina a punto de dar por bien gastadas unas energías que habían colaborado a consolidar en Tenerife la Filosofía. Por fin, una cabeza brillante y escalfonada —coincidencia feliz, pero no tan frecuente como cabría esperar— estaba llevando a efecto lo que ningún profesor «de recambio» se hubiera atrevido a soñar. Los universitarios de La Laguna iban a participar en un Congreso de nivel internacional que les abriría horizontes, que les compensaría su inevitable geográfico aislamiento.

¿Qué puede aportar un Congreso de Filosofía en el incremento de lo viejo? Evidentemente nada, y sobre todo si, para colmo, el tal Congreso se intitula «Convivencias de filósofos jóvenes». Verdaderamente, hasta se ha rechazado el susto de algún inoportuno «streakings», cuando, por desgracia, en eso justamente están empeñadas desde antiguo las turistas mal educadas, las extranjeras, esas contestarias de lo español. Bueno, a ver si todo sigue como es debido en Tenerife. ■ **MARIA JOSEFA CORDERO.**

«Introducción al urbanismo colonial hispanoamericano»

Bajo este título, y previa una breve presentación de Antonio Fernández Alba, empieza Fullaondo un interesante ensayo sobre un tema que hoy está comenzando a

ser motivo de profunda revisión en la historiografía arquitectónica y urbanística.

Actualmente, la temática de que se dispone en los estudios que se hagan sobre el urbanismo colonial hispanoamericano es lo suficientemente jugosa como para que grupos de investigación —a veces acertados, otras no— se preocupen con intensidad del tema que ahora nos ocupa. Fullaondo lo ha hecho de un modo «individual»; y lo adjetivamos así, porque en esa individualidad se encuentran las virtudes y posibles defectos de este trabajo. Me explico.

Virtudes: creo que muchas. La valentía con que en un tono de crítica constante se enfrenta con los tratadistas tradicionales. La indiferencia al «miedo» de que tradicionalmente se han hecho eco las historiografías conformistas, ya sean académicas o no. El acierto, fundamental en el desarrollo del libro, al contraponer al enjundioso romanticismo de la tratadística tradicional, el desarrollo del proceso dialéctico de Segre y Salinas. (Aunque creemos que, en este punto, el texto queda algo corto.) Con todo ello cumple Fullaondo un primer compromiso con la historiografía arquitectónica y urbanística española.

Los puntos tratados son los suficientes como para que con evidentes esfuerzos por parte del autor configuren un todo coherente que informe del tema que tratamos. ¿Y de qué informa? Desde la crítica al «nacionalismo ideológico», a la exposición del nivel arquitectónico. Desde el tratamiento del problema del mestizo a la interesante aclaración de los asuntos de la propiedad (Hacienda y Latifundio). Se sigue con el tema de la «Encomienda», la crítica al simpli-

cismo pedagógico de los esquemas históricos de Lozoya sobre Hispanoamérica, las tesis de Toynbee y Spengler, que todo en su conjunto harán explicar al autor al final del tercer capítulo el hecho de que «la aventura española en América no es que no sea una colonización, es que constituye el antecedente histórico obligado del sistema colonial internacional, del conjunto militar que Spengler —y tantos otros— han localizado en el desarrollo de la experiencia anglosajona».

Sigue Fullaondo sus exposiciones en el cuarto capítulo, que trata sobre «las nuevas ciudades y la legislación». En él se estudia desde los problemas del asentamiento y el tema de los trazados y regularidad urbana, al carácter y la impronta desarrollada por el colonialismo español en América. Se aclara la evidente relación de la ciudad colonial hispanoamericana con las que en aquellos momentos se vivían y desarrollaban en la lejana Europa. Pero hay unos puntos propios que la diferencian de la del viejo continente.

«Regularidad» existe, y queda muy bien estudiada por Fullaondo en el texto. Es una regularidad nunca constreñida por fortificaciones y amurallamientos iniciales, por lo menos en sus primeros tiempos. Y es esta carencia inicial de perímetros permanentes la que permite la implantación del damero urbano que «puede expandirse indefinidamente, prolongando en la dirección deseada las calles rectilíneas».

Vemos claro entonces el concepto de la ciudad americana como «organismo en continuo crecimiento, cuyo desarrollo ulterior no es posible prever al comienzo».

Aquí es importante mencionar el agudo sen-



Daniel Fullaondo.

tido con que se explica el fenómeno del «paralelismo norteamericano», a través de la visión de Mumford, y de la exposición que se hace de las colonias puritanas anglosajonas. En tono de profunda crítica a estas parciales visiones de la tratadística inglesa, el autor aclara que «el sistema colonial anglosajón no es sino el desarrollo apoteósico del prolegómeno constituido por la mecánica colonial hispánica...». ¿Será paternalismo historiográfico o clarividencia histórica el motivo de este corolario?

Es en el quinto y último capítulo donde se desarrollan los temas de mayor interés arquitectónico y urbanístico. Siendo el tema de base «el diseño de las ciudades», en él Fullaondo expone un contenido fundamental para una nueva comprensión del Urbanismo Colonial Hispanoamericano.

La clasificación de las tres etapas del desarrollo de la vivienda, desde una primera época de primitivismo y afirmación (siglo XVI) hasta el último periodo del barroco hispanoamericano, constatado en la «determinación económica de una clase dominante en expansión», pasando por una etapa intermedia, que el autor denomina «formativa», y en la que expone un doble nivel de lectura el desarrollo de los tejidos urbanos más tí-

pícos y la clara configuración de la vivienda a través de los diversos niveles socioeconómicos que la motivan.

En estas partes del texto es donde mejor se hace explícita la interpretación dialéctica que antes mencionábamos.

Creemos de especial interés la intensidad con que se tratan los capítulos de las «fortificaciones» y la «ciudad ideal» en Hispanoamérica. La conexión que se hace de estos temas con la cultura urbana latina de la época, junto con la alusión al mayor liberalismo de la colonización portuguesa, vitalizan un punto de enorme atención en la historia de que hablamos.

Sin embargo, queda inconexo con lo atrás desarrollado el apartado dedicado al proceso cartográfico; parece resultado más de la erudición que de la simple cultura con que se adorna lo anterior del texto.

Son, pues, muchos los puntos tratados y diferentes los tonos en que se escuchan. El acierto básico creemos que se halla en los diferentes niveles de interpretación empleados por Fullaondo; ello le permite tanto el desarrollo de una crítica a la anticuada verborrea académica como un hábil instalarse en las filas dialécticas de los tratadistas cubanos. Mas aun así todo, y que nos perdone el autor y con él sus coetáneos, se escuchan

ecos lejanos de controversias generacionales, que nada favorecen la exposición del libro, sino la enturbian.

Aun con todo, creemos que el autor contrae un repentino compromiso en el campo de la historiografía moderna española; compromiso que quisiéramos hacer patente desde la cordedad de estas bien intencionadas aunque «criticadas» líneas.

Ciento treinta y dos páginas son poco espacio para lo que creemos que el autor de esta breve introducción puede lograr con el tema hispanoamericano. Excelente es la bibliografía al término del libro, como para obligarnos a pensar que una paciente y delicada tarea por parte de Fullaondo habría de redundar en un importante trabajo, el cual rellenaría el dramático y silencioso vacío que desgraciadamente observamos en historiografía española sobre Hispanoamérica.

De hacer esto, habría de tener en cuenta por parte del autor la profunda relación existente en cada momento entre la ideología que profesa la arquitectura que se hace y los tonos que se desprenden de la historiografía que se escribe. Relación que esperamos que en lo posible se aprecie lo que vale, pues si no se caería en el error en el que caen los de siempre: los tratadistas «tradicionales». ■ **F. J. CLIMENT ORTIZ.**

Ediciones Alaguara.



En busca de Lou Reed

La relación de Lou Reed con su público ha